

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.

Madrid, 17 de Enero de 1892

ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.

Núm. 3.º

Este periódico se publica todos los domingos, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.

CRÓNICA

¡¡Loado sea Dios!! Ya se abrieron las Cortes, —ó ya se abrió las Cortes, como algunos pretenden que debemos decir, para decirlo bien; aunque á mí me parece que diciéndolo así, lo diríamos mal;—ya reanudaron sus tareas los representantes del país en la Cámara alta y en la otra Cámara que no es la alta, pero á la que no me atrevo á llamar baja, no vaya á tomarse como irreverencias. La verdad es que la gran masa del país no las echaba mucho de menos; pero á los que de la política y por la política y para la política viven, parecía como si les faltase algo; ahora están ya tan orondos y tan satisfechos; pueden comentar los acerados é ingeniosos epigramas de Silvela; las travesuras y los atrevimientos de Romero; los arranques impetuosos de Cánovas; las amenazas de D. Práxedes, y todo esto hermosos y ameniza la asistencia de los aficionados que no tienen muchas cosas en qué pensar.

..

Con la reapertura de las Cortes han coincidido casi, los acontecimientos de Jerez; acontecimientos que, á estas fechas, no se ha explicado nadie todavía. A última hora se habla de una prisión muy importante, la de un barbero, que, según parece, es uno de los directores del movimiento; no discuto la importancia del hallazgo, ni quiero quitar al barbero las preeminencias de su jefatura; pero si no entiende más de rapar barbas que de dirigir movimientos anarquistas, no les arriendo la ganancia á sus parroquianos.

Aquellos anarquistas, ó lo que fueren, porque eso del anarquismo es un suponer y aún no está bien averiguado; aquellos anarquistas, repito, que andan libremente por las calles de Jerez durante algunas horas, que asesinan (voy hablando de lo que he leído en los periódicos) á dos ciudadanos inofensivos que encuentran á su paso, y que á esto limitan sus hazañas y no llevan más adelante sus fechorías; que van y vienen, y tornan y vuelven, de la cárcel al cuartel, y del cuartel á la Casa Consistorial, con el solo propósito, al parecer, de que los maten; serán todo lo anarquistas que Uds. y ellos quieran, podrán ser *nihilistas*, y hasta *cataclimistas* y todos los istas del repertorio; pero dieron muestras de estar efectivamente dirigidos, no por un barbero, sino por alguien que entendía tan poco de promover algaradas como las autoridades de Jerez entienden de reprimirlas.

Porque los revolucionarios de Jerez no hicieron estropicios de mayor cuantía, eso no; y aparte de los asesinatos, que acaso fuesen hechos aislados, completamente ajenos al movimiento, nada se cuenta de ellos sino que dieron voces y se pasearon á sus anchas; pero según se advierte por las relaciones que de allí nos llegan todos los días, pudieron haber causado, sin que nadie les fuese á la mano, una noche de sangre y de luto á la riquísima ciudad andaluza. En los casinos, en el teatro, estaban las gentes muy tranquilas y muy ajenas al peligro que corrían, y á todo esto la tropa en el cuartel, y la autoridad no sé si en la cama ó en el Ayuntamiento.

Pero hay quien, por lo que se refiere á la autoridad militar, explica lo sucedido de esta manera:

«Ha ocurrido que en Jerez se temía inciertamente la acometida de esos anarquistas; y la autoridad, de acuerdo con la civil, tomó precauciones *por si acaso*, y con tal acierto, que reforzó la guardia de la cárcel y estableció retenes en los cuarteles.»

«Tomadas las disposiciones, entraron los

anarquistas, y á la primera descarga huyeron como demonios ante la cruz.»

Bueno, corriente, huyeron.... ¿Y si no hubieran huido? ¿Y si no hubiesen ido al cuartel? Porque precisamente en el cuartel era donde menos tenían que hacer los anarquistas.

Sucede en esto lo que en todo: «Pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro»; unos dicen que las autoridades de Jerez obraron con la cautela necesaria y se



MEHEMED TEWFIK, JETIFE DE EGIPTO

† el 7 de Enero de 1892

(Dibujo de Angel, tomado de una fotografía.)



«Alejandro Ferrant y Fischermans lo pintó.»

PUERTA PRINCIPAL DE PALACIO EN DÍA DE RECEPCIÓN.—MADRID

condujeron admirablemente; otros afirman que las autoridades procedieron con torpeza y con poca previsión: en lo que todos convienen es en que los amotinados no supieron por dónde andaban, ni qué pretendían, ni a quién buscaban. ¡Y más valió así!

Entretanto, la indisciplina cunde en las huestes de los partidos políticos de orden; los canovistas, solicitados bajo mano por Silvela y por Villaverde, acabarán por dar gravísimas desazones al jefe, hasta ahora nunca discutido, de esa agrupación, y aun hoy mismo ya se las están dando. Los sagastinos hace bastante tiempo que murmuran de la invencible apatía, de la peligrosa inercia de su director. Unos y otros se aprestan para la campaña política iniciada el día 12, y de la cual, pueden Uds. asegurarlo como si lo vieran, no sacaremos nada en limpio.

Y lo peor del caso, á todo esto, es que el dinero anda por las nubes y que los tahoneros se proponen subir el pan.

Como la campaña política, que se anuncia, ha de ser estéril; como la campaña económica ya comenzada lleva trazas de ser desastrosa, hay que buscar en las noticias de la campaña teatral compensación y consuelo á tantas aflicciones.

Y efectivamente, las noticias que en ese concepto llegan á mis oídos son en realidad consoladoras: la empresa del Español cuenta con una obra, terminada ya, del gran Echegaray, el cual se ha inspirado en un drama de Ibsen; en la Comedia, además de la obra de Gaspar, se prepara la novedad de presentar un trabajo dramático de Pérez Galdós; en la Princesa ensayan á toda prisa *Thermidor*, de Sardou. Veremos si en el arte hallamos recursos para mitigar las amarguras de la política y de la... economía.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

UN HUMANISTA REVOLUCIONARIO

(Conclusión.)

Expresadas tales ideas en clásico latín y esparcidas entre las clases que podían leerlo y alzarlo, comenzaba la Reforma protestante, ó mejor dicho, la revolución religiosa como comenzó más tarde la revolución francesa, por medio de la aristocracia. Todas las clases superiores decían que los sacramentos, que la confesión, que el celibato, que el pontificado, que las órdenes religiosas eran puro invento de los hombres y no creaciones de los Santos Evangelios. Todas las clases superiores vejaban con duras y acres palabras á los sacerdotes que pasaban su vida pidiendo al pie de su trono, cuartos para su Iglesia. Naturalmente, la ilustración aprendida en el Renacimiento, criticaba con dureza que se hiciera de Cristo un caballero andante; que se trocara el Empíreo en una corte de amor presidida por la Virgen María; que se defendiera el número de ángeles con la idea positivista y utilitaria de que si los reyes del mundo tenían muchos ministros, necesitaba tener más el Rey de los cielos, confundiendo de esta suerte con aquel Júpiter olímpico, el cual había menester para su regalo y para su servicio de tantos dioses menores. La idea del diablo disgustaba también á muchas conciencias timoratas, sublevadas contra el predominio á su poder atribuido por aquellas supersticiones arraigadísimas, las cuales creían ver en la hermosura de las antiguas estatuas, en la grandeza de los clásicos monumentos, en la poesía de los mayores poetas, en la ciencia de los mayores filósofos, en todo cuanto no había visto ni oído al Salvador, con lo cual extendían los dominios del infierno y los dilataban mucho más que los dominios de la Iglesia. El diablo llenaba los aires; el diablo moría con las picaduras de los chinches y de las pulgas; el diablo llamaba á otros diablos con los hipos y con los estornudos y con las toses; el diablo tentaba á los hombres á cada paso; el diablo tenía un reino mayor que el reino de los cielos. Hasta hubo quien se tragó un diablo y lo tuvo en el cuerpo y lo llevó consigo toda la vida por haber comido un día de Pascua gajos de granada y rajas de melón. Y además de los diablos había las brujas, las cuales, en cuanto el campanario sonaba la media noche, montábanse sobre un palo de escoba untado con manteca de niño recién nacido y se iban por los aires á cohabitar, con Satanás y los príncipes infernales, adquiriendo los males que daban mal de ojo á las personas más santas, que endiablaban á las abadesas más respetables, que hacían malparir á las matronas más beatas, derramando toda suerte de calamidades y de plagas sobre las conciencias y sobre las tierras. ¡Cuántas infelices no murieron en las hogueras por creerlas brujas, untadas con enjundias, unidas en matrimonio á los diablos, encantadoras y hechiceras! Así, las inteligencias más elevadas dolíanse de que la idea del demonio hubiera he-

cho del catolicismo una especie de religión persa; y la idea de las brujas y hechiceras hubiera hecho del catolicismo una religión mágica; y la idea de los innumerables santos hubiera hecho del catolicismo una religión politeísta. El gran políglota y filósofo Luis Vives, en sus comentarios á la ciudad de Dios, duélese de que la mayoría de los cristianos adoren los santos, ni más ni menos que los latinos y los griegos y todos los paganos en general adoraban á los antiguos dioses. Las leyendas falsas se multiplican como los seres fantásticos. Santos que jamás han visto ciertos países, tienen á porfía en ellos viviendas y sepulturas inventadas por el sordido interés y admitidas por la cándida superstición. Aquella Ursula, en cuyo honor se levanta la inmensa fábrica de Colonia, que por huir de un matrimonio pagano se va al mar y navega durante años enteros, en compañía de once mil vírgenes degolladas más tarde todas ellas por los hunnos, resulta luego en las inquisiciones de una sabia crítica, según los accidentes de su vida y hasta las desinencias de su nombre, una diosa germánica. ¿Y qué decís de las reliquias? Durante mucho tiempo, como se desconociera la geografía de la Roma católica, y el sitio de las catacumbas, adoráronse como reliquias de los mártires los huesos de los paganos, que habían perseguido y acosado á los mártires, y hasta las ternillas de los tigres y de los leones que se los habían comido. Los historiadores cuentan diez ó doce cráneos de San Juan Bautista. Un cura de Sens enseñaba la vara de Moisés, un sacerdote de Génova la barba de Aarón, la ciudad de Vendome una lágrima de las que Cristo vertió en el huerto. No acabaríamos nunca si hubiéramos de contar todo cuanto se encerraba de su persticioso, de embustero, de fanático, de contrario á la pureza cristiana, en todas estas fábulas que, tan falsas como las fábulas paganas, carecían por completo de su inspiración y de su poesía.

Así los grandes hombres del Renacimiento prestaban un verdadero servicio, cuando al estudiar los tiempos antiguos, al inquirir sus obras literarias y científicas, al resucitar sus sabias lenguas, demostraban que la eterna revelación no podía contenerse en una sola dogmática, y que los reveladores no podían ser tan solo estos ó los otros sectarios, sino, en cierto grado y en cierta medida, todos cuantos han contribuido á traer un átomo de la eterna verdad á la conciencia, un reflejo de la divina hermosura á la tierra. Todos ellos, resucitando las sociedades antiguas, rehaciendo la vida universal, reanudando el hilo de la historia, daban al hombre una idea mayor de sí mismo, y dando al hombre una idea mayor de sí mismo, engrandecían y elevaban en la conciencia humana la idea verdadera de Dios. ¿Quién no admira aquel Rodolfo Agrícola, verdadero revelador de las bellezas antiguas de Grecia y de las bellezas modernas de Italia en la nebulosa Germania? ¿Quién no reconoce los servicios prestados por Ecolampadio en el cultivo así del griego como del latín? ¿Quién no ve en Camerario, prelado de Worms, uno de los más diligentes restauradores de las letras? El mundo admira todavía los talentos de aquel Reuchlin, que siendo muy mozo, á instancias de Argirópulo, improvisó una magnífica arenga, explicando los méritos y los textos de Tucídides. En alas de este ingenio soberano, la Grecia antigua pasó los Alpes é iluminó con su luz inmortal y vivificadora los nebulosos horizontes de Alemania. Nadie copió como él en su tiempo, los caracteres griegos; y nadie como él tradujo y comentó y reveló á los clásicos autores de la hermosísima antigüedad helénica.

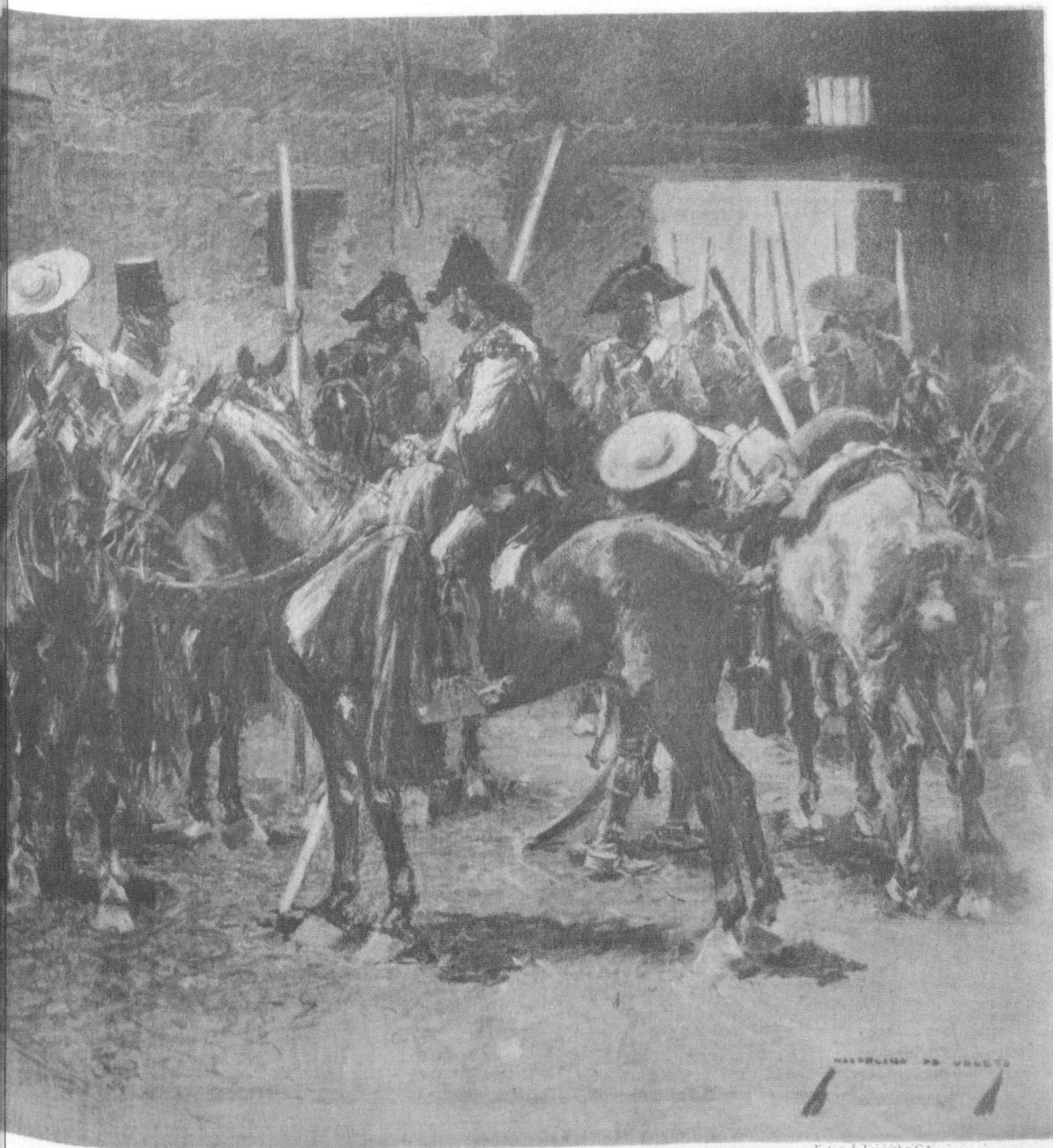
Pero, en verdad, siempre que se trata del Renacimiento germánico, hay que volver los ojos al hombre á quien describimos en estas líneas, hay que volver los ojos al holandés Erasmo, no porque los literatos le consultaran, no porque los reyes le oyeran, no porque tres ó cuatro correos venidos de tres ó cuatro Imperios aguardaran constantemente sus cartas á la puerta de su modestísima casa de Basilea, no porque los primeros perfeccionadores de la imprenta aguardaran las pruebas de sus obras y las recorrieran todos los días, no porque improvisara sobre materias innumerables aquellos artículos y aquellos tratados que tenían algo de la ligereza y de la gracia y de la prontitud y de la variedad de nuestros periodistas contemporáneos; no por todas estas raras ventajas y cualidades, sino por haber comprendido antes que nadie en Europa cómo una sociedad nueva que dobla el espacio con los descubrimientos de América y de Asia, que dobla la vida con la resurrección de Atenas y de Roma, que posea un instrumento como la prensa, que acababa con un régimen como el feudalismo, había menester, para alcanzar la verdadera grandeza, una reforma religiosa, la cual, sin herir lo esencialísimo al dogma, destruyese tantas supersticiones como adulteraran y pervirtieran los presentes y las revelaciones del cielo. Hay más de una analogía entre la obra inspirada de Savonarola y la obra reflexiva de Erasmo. Salvar el catolicismo por la reforma de las costumbres en el pueblo, y en el clero por la reforma de los cánones, de las instituciones y de la disciplina, quería Savonarola; salvar el catolicismo por la erudición, por la ciencia, por una alianza con las letras antiguas, por una renuncia á las supersticiones más arraiga-

das, quería vivamente Erasmo. La diferencia está en las complexiones distintas, en los caracteres opuestos, en las tendencias contradictorias, en los entendimientos de todo en todo diversos. Pero el fin de su obra y de su vida resulta en ambos á dos idéntico. El uno lo busca por el éxtasis y el otro por la razón; el uno por los arrebatos y el otro por las meditaciones; el uno por los milagros y el otro por los argumentos; el uno se acuerda siempre de los demás y nunca de sí mismo; el otro, para dirigir á los demás, se acuerda sólo de sí; por tanto, Savonarola resulta en la historia un profeta y un mártir; mientras Erasmo, un erudito y un egoísta. Pero Savonarola y Erasmo tienden, desde las alturas á donde los ha elevado su genio, los brazos á la Iglesia, y le ofrecen, ó la ciencia ó la libertad, ó las letras ó las democracias, ó la República cristiana ó el Renacimiento literario para defenderse y para salvarse. Erasmo representa en el movimiento religioso, la previsión que precave; la astucia que husmea; el frío juicio que medita; la imparcial advertencia que conmina sin acritud; la severa lógica que busca el enlace de los efectos con las causas, y de las consecuencias con los principios; la moderación que concilia tendencias opuestas; el examen que desecha lo pernicioso y encuentra lo saludable; todo cuanto hasta entonces hubiera podido salvar á la Iglesia, antes de que estallara la inevitable tempestad y viniera el irremisible naufragio. Mas con todas estas cualidades, sobrábale una cosa, su excesiva ironía; faltábale otra, la fe creadora. Aquel hombre no sabía amar como aman los rendidores, no sabía sufrir como sufren los mártires, no sabía enardecer, por tanto, como enardecen los profetas. Su elocuencia sabía, correcta, magistral, carecía del fuego de las pasiones, únicas que tienen las virtudes generadoras de obras duraderas en la sociedad y admirables en la historia. Era el término medio incoloro, la vaguedad ecléctica, la cortesía diplomática, la erudición clásica, la doblez completa; no era la fe, no era la abnegación, no era el sacrificio. Por eso, cuando os acercáis á él, sentís el frío que al tocar el mármol; mientras en presencia de Savonarola sentís la hoguera interna en que ha arido su alma, y la hoguera externa en que ha muerto su cuerpo. Y por eso comprendéis cómo la obra de Erasmo ha fracasado, al paso que no podéis comprender por qué la obra de Savonarola no ha prevalecido. La fe, la abnegación, la grandeza, la vehemencia, las pasiones todas del monje italiano, debieron ser más fecundas; mientras la duda, la indiferencia, la frialdad, la ironía de Erasmo, debían quedar estériles; que el escepticismo no tiene ni hijos ni mártires.

Da tristeza el contemplar los últimos días de este hombre; su mano tendida siempre como para pedir limosna, sus pensiones mal pagadas y perdidas entre las infieles mañas de administradores y de intendentes, toda suerte de enfermedades sobre su cuerpo débil, toda suerte de zozobras sobre su alma atribulada, la soledad y el abandono en que al fin y al cabo cae siempre el egoísmo; la incertidumbre así para escoger el lugar propicio de su vida como el lugar digno de su muerte; no queriendo ni pasar por un puro ortodoxo ni pasar por un innovador y por un revolucionario. Sin embargo, ha combatido en esta su existencia, llena de perplejidades, dos plagas que afligían entonces á la Iglesia: el exceso de supersticiones monásticas y el exceso de reacción pagana; y ha defendido al mismo tiempo dos principios saludables: la filosofía cristiana que razonaba el dogma y la vuelta á los tiempos evangélicos que purificaban las costumbres. Ningún crítico ha zaherido con tanta crueldad, ninguno, los hábitos paganos de la Roma de su tiempo y las imitaciones serviles de los predicadores pontificios, conocidos con el nombre de ciceronianos, los cuales no usaban en sus discursos latinos palabra alguna que no estuviese en Cicerón contenida. Y como no usaban palabra alguna que no estuviese en Cicerón contenida, proscribían el nombre de Cristo, comparaban á Julio II con el Júpiter Olímpico, traían á cuento Sócrates ó Aristides, pero jamás los santos, Curcio ó Régulo, pero jamás los mártires; y á Dios le llamaban óptimo, y á la Iglesia asamblea, y á la herejía facción, y al cisma sedición, y al obispo presidente de las providencias, y á las excomuniones interdicción del agua y del fuego, y al Colegio de Cardenales senado de padres conscriptos, y á la vida eterna y á la comunión de los bienaventurados sociedad de dioses inmortales. Realmente, si la Iglesia le hubiera oído, admitiera un poco más la razón en sus dogmas, la ciencia en su teología, el Evangelio en su moral; y desechara tantas y tantas supersticiones como atraían sobre ella el rayo asolador de una revolución inevitable. Mas para hacerse oír, para impulsar, para mover, faltábale el motor de los motores, faltábale el divino y sacrosanto entusiasmo. Seméjase en todo á Voltaire, en la ironía, en la gracia, en el ingenio, en la ligereza, en la universalidad de conocimientos, en el gusto por la polémica, en la tolerancia filosófica y religiosa, en la iniciativa tomada para traer una revolución cuyas consecuencias asustaban al uno y al otro; poco amigos del movimiento y del ruido que engendraban con sus propias palabras, y muy amigos de los Reyes y de los Papas á quienes combatían y denigraban en sus respec-



Dibujo al carbon de M. de Urceta.



Fotog. J. Laurent y C.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

REUNIÓN DE LOS VAQUEROS QUE SE BATIERON EN BAILÉN

tivos apostolados y en sus incansables propagandas. Por eso Voltaire, que destruye la sociedad antigua, no comprende á Rousseau, que trae la nueva; como Erasmo, que destruye la religión antigua, no comprende á Lutero, que trae la nueva religión. Mas uno y otro, Lutero y Rousseau, tienen las exaltaciones, los delirios, los arrebatos, los impulsos heroicos, los desmayos y las flaquezas, los ataques nerviosos, las inspiraciones súbitas, los desarreglos intelectuales y las vocaciones extraordinarias que distinguen á todos cuantos inician una nueva idea en la conciencia humana y abren una nueva edad en la Historia.

EMILIO CASTELAR.

MI REPÚBLICA

TRADUCCIÓN DE BERANGER

Me aficioné á la República desde que vi tantos Reyes; una he formado, y procuro dotarla de sabias leyes.

La bebida es su comercio, es su código la risa, su territorio mi mesa, la libertad su divisa.

Hoy el Senado se junta.... compañeros, copa en mano; proscibamos el fastidio por decreto soberano.

¡Qué proscibir!.... Tal palabra olvide nuestra ciudad; no hay fastidio donde triunfan regocijo y libertad.

Esta del lujo se ofende; y donde el contento vive no haya estorbo al pensamiento, que así Baco lo prescribe.

Cada cual libre profese el culto de su deidad; es lícito hasta ir á misa, lo manda la libertad.

La nobleza es un abuso; de abuelos nadie hablar debe; títulos! ni aun al amigo que más ríe ó que más bebe.

Y si alguien aspira al Trono, por tanta perversidad ahoguemnos en vino al César salvando la libertad.

Pongamos nuestra República de todo riesgo al abrigo; mas, al pacífico pueblo, asusta ya un enemigo.

Es Laura, que nos ofrece de amor la felicidad; reinar quiere, y es hermosa.... ¡Se acabó la libertad!

EL MARQUÉS DE VALMAR.

DOLOR TARDÍO

Era un melancólico día del otoño, llovía copiosamente, y las hojas de los árboles, cayendo sobre la humedecida tierra, semejaban otra lluvia más lenta y más pesada todavía.

Mr. Saval se acababa de levantar, triste como el día, é iba de la ventana á la chimenea, y de ésta á la ventana, con la regularidad de un péndulo.

¡Qué queréis! ¡La vida tiene días sombríos, y mucho más sombríos para quien, como Mr. Saval, cuenta setenta inviernos!

Vivía solo, era un viejo solterón que no tenía á nadie á su lado....

¡Ah! ¡Qué triste es morir así, sin un afecto desinteresado, sin una mano amiga que nos acaricie y cierre los ojos después de muertos!

Mr. Saval, al mismo tiempo que andaba, iba pasando revista á su larga existencia, una existencia de célibe, solitaria y vacía: recordaba su pasado, su infancia, la casa paterna, el colegio, los días de asueto y vacaciones, la época en que estudió en París la facultad de Derecho; después la enfermedad y muerte de su padre.... ¡primera y dolorosa etapa!

Entonces, él corrió al lado de su buena madre, la consoló, se instaló con ella, y así vivieron los dos tranquilamente hasta que al fin murió también la bondadosa anciana....

¡Qué triste es la vida! ¿no es verdad? Pues aún era más triste la suya; pues ahora le tocaría á él, y muy pronto, morir sin tener á su lado una mujer, un hijo.... ¡Qué tristeza, Dios mío! ¡Qué tristeza!

¡Por qué no había tomado otros rumbos en la vida?... ¡Si hubiera hecho algo, corrido aventuras, gustado placeres, tenido éxitos ó satisfacciones de alguna clase!.... Pero, no; ¡nada! ¡nada! ¡absolutamente nada!

Jamás había hecho otra cosa que vestirse, comer y acostarse á las mismas horas del día, todos los días del año; y de este modo había llegado á los setenta.... ¡Qué aburrimiento!

¡Por qué no se habría casado como los demás hombres? Bien hubiera podido hacerlo, pues tenía una regular fortuna; pero nunca se le presen-

tó ocasión favorable. ¿Es posible? ¿Y por qué no la buscó?... ¡Ah! porque era indolente, muy indolente; y en este mundo la indolencia hace desgraciadas á muchas personas á quienes, como á Mr. Saval, siempre las cuesta trabajo ir, venir, hablar y atender á sus asuntos.

A él no le había amado jamás mujer alguna; no conocía las deliciosas angustias de las citas, el celestial calofrío del apretón de manos, ni el éxtasis de la pasión triunfante.

Pensando en estas cosas, Mr. Saval acabó por arrellanarse en un sillón que estaba junto á la chimenea y.... siguió meditando.

Sí, su vida estaba rota, hecha pedazos; porque, para colmo del tormento que á la sazón le oprimía, él, Mr. Saval, había amado silenciosa y secretamente con su indolencia acostumbrada.

Había amado á su antigua amiga Mad. de Sandres. ¡Qué preciosa era entonces, en la época que la conoció!.... Ahora tenía ya sus sesenta años.

Recordó las noches de tertulia pasadas en su casa, sus paseos, cierto día que muy de madrugada fueron al campo cargados de provisiones....

¡Qué día aquel! Era uno hermoso de primavera, uno de esos días que embriagan, que todo parece más bello, en que el aroma de las flores es más grato y penetrante, más armonioso el canto de las aves, y en que todo sonríe así en el cielo como en la tierra.

Después de comer, á la hora de la siesta, en que todos dormían, Mad. Sandres se apoyó en el brazo de Saval y se fueron paseando á lo largo de la orilla del río.

De vez en cuando ella prorrumpía alegremente:

—Estoy borracha, amigo mío; he bebido mucho. Él la miraba enternecido.

Mad. Sandres, con las flores del campo, hizo una corona y, después de ceñirla á sus sienes, preguntó mimosamente á su compañero:

—¿Le gusto á usted así?

El no respondió, porque no encontró palabra que decirle; de buena gana se hubiera arrodillado ante ella para adorarla; pero, como siempre, no se atrevió.

Entonces ella se echó á reír y dijo con cierto aire de malicia:

—¡Tonto! hable usted siquiera.

A él le dieron ganas de llorar, y por más que hizo, se quedó mudo como una piedra.

Mr. Saval recordaba ahora toda esta escena como si acabase de suceder.

¿Por qué le diría aquello? ¿por qué Mad. Sandres se apoyaba con tanta ternura en su brazo? Recordó que al pasar junto á un grupo de árboles sintió en su mejilla la oreja de ella, y que él se retiró bruscamente temeroso de que la molestase tal contacto.

Al regresar de su excursión por la orilla del río, ella iba silenciosa y no se apoyaba ya en su brazo.... ¿por qué?

Nunca se había explicado la razón; pero ahora creía comprender algo el enigma que encerraba ese *por qué*.

¿Sería?...

Mr. Saval se levantó de la butaca, enrojecido y trastornado, como si cuarenta años atrás Mad. Sandres le hubiese dicho:

—Le amo á usted.

¿Sería verdad? La idea que acababa de despertar en su espíritu le atormentaba. ¿Sería verdad y él no lo había adivinado?

De ser esto cierto, ¡ah! entonces había pasado junto á la felicidad sin haberla poseído.

De pronto, Mr. Saval, prorrumpió:

—Quiero saberlo; no me es posible soportar esta duda; ella y yo somos ya viejos, y á nuestra edad, se pueden preguntar esas cosas sin reparos de ser indiscretos.

Se vistió de prisa y corriendo; salió, de una zancada atravesó la calle, y se fué como una flecha á casa de Mad. Sandres, su vecina.

La criada, al abrir la puerta, se quedó asombrada.

—¿Usted por aquí, tan temprano! ¿Le ha ocurrido algo, Mr. Saval?

—No, hija mía; pero anúnciame á tu señora, á quien deseo hablar en seguida.

—La señora está en la cocina haciendo compota; aun no se ha vestido ni peinado, y como usted comprenderá....

—Bueno, bueno; dile que tengo que hablarla de una cosa muy urgente.

La criada se retiró, y Mr. Saval se puso á pasear lleno de impaciencia; de allí á poco apareció la anciana Mad. Sandres con los brazos desnudos y las manos llenas de melote.

—¿Qué tiene usted, amigo mío? ¿está usted enfermo?

—No, no, mi excelente amiga; pero tengo que hacer á usted una pregunta, para mí de mucha importancia, y que desde hace una hora me está atenazando el corazón! ¿Promete usted responderme con franqueza?

—Lo prometo.

—Pues bien; yo la he querido á usted siempre, siempre, desde el día primero que la vi. ¿Lo comprendió usted? ¿Se ha dado cuenta de ello?

Ella, entonces, exclamó riendo y con el acento que recordaba el de otros tiempos:

—¡Tonto! lo comprendí desde el primer instante.

Saval, tembloroso, balbuceó:

—¡Ah! ¿conque usted lo sabía? Entonces....

Y se paró en seco.

—Entonces, ¿qué dijo ella?

—Entonces.... ¿qué pensaba?... ¿qué sentía usted?... ¿qué.... qué.... ¿qué hubiera usted respondido?

Hubo una pausa, al cabo de la cual, con voz relativamente más serena, prosiguió Mr. Saval:

—¿Recuerda usted un día que estuvimos de campo? Después del almuerzo, usted y yo, solos, nos fuimos á pasear á la orilla del río y paseamos juntos durante largo tiempo. ¿Lo recuerda usted?

—Sí, lo recuerdo.

Mr. Saval, estremeciéndose, prosiguió:

—Y bien, si ese día.... yo.... hubiera sido.... así.... más atrevido.... ¿qué hubiera usted contestado?

Mad. Sandres sonrió y exclamó con voz llena y un tanto irónica:

—Pues.... le hubiera á usted contestado que.... sí.... porque también le amaba.

Y dando media vuelta, desapareció, volviéndose á la cocina en busca de su compota.

Mr. Saval salió á la calle, anonadado, como si hubiese sufrido un espantoso desastre.

No andaba, corría bajo la lluvia, y sin saber á dónde iba se encaminó hacia la orilla del río; cuando llegó, torció hacia la derecha y siguió adelante; su vestido chorreaba agua; el sombrero, deformado, goteaba como un alero, y á pesar de todo, seguía avanzando hasta que llegó al sitio donde cuarenta años atrás estuvo de merienda y paseó llevando sobre su brazo el de Mad. Sandres.

Entonces se sentó bajo los árboles, á la sazón desnudos, y lloró copiosamente.

MAUPASSANT.

EL JETIFE DE EGIPTO

Algo sobre el último soberano de Egipto.
Los Jetifes.—El país.

El Jetife Mehemed Tewfik I, cuya muerte acaba de comunicarnos el telégrafo, subió al poder por abdicación de su padre Ismaíl, el 8 de Agosto de 1879, y recibió la investidura de su alta jerarquía el día 14 del mismo mes y año. Se había casado en el mes de Enero de 1873 con Emineh Hanem, hija del príncipe Hamy Pachá.

De este matrimonio tuvo dos hijos: el Príncipe Abbas Bey, que nació el 14 de Julio del año siguiente, y el Príncipe Mehemed-Ali-Bey, que nació en 1876.

Era Tewfik I simpático, afable, y enérgico al mismo tiempo. Como político, dió muestras de una sagacidad y una discreción verdaderamente notables.

Mantenía relaciones de buena amistad con todos los soberanos de Europa, dando pruebas de un tacto y una doble vista digna de encomio en la cuestión referente á Inglaterra, que durante tanto tiempo ha hecho fijar la vista de todos en el país de los Faraones, objetivo de las ambiciones de la nebulosa Albión, y últimamente de Francia.

En los trece años de su reinado ha sabido ir llevando por buen camino, lo mismo los grandes intereses de su patria, en lo que á la integridad del territorio se referían, que en lo que á los negocios públicos interiores, mejoras y reformas del organismo social estimaba más conveniente.

Ojéense, en prueba de todo esto, las últimas páginas de la historia de Egipto desde el año 1879 hasta el presente; y en cuantos sucesos han tenido lugar, en cuantos actos de gobierno se registran, que no han sido pocos, se verá siempre presidir un criterio claro y un espíritu patriótico que honra por siempre la memoria del último soberano de aquel hermoso país, cuya antigüedad se pierde realmente en lo que da en llamarse, noche de los tiempos.

Las condiciones que han empezado á notarse en el joven príncipe, quien según todas las noticias que se reciben, será proclamado en uno de estos días, y á gusto de todos, Jetife de Egipto, hacen fundadamente concebir esperanzas muy halagüeñas de su virreynato.

Ha nutrido su inteligencia en notables aulas, y del colegio Teresiano ha salido para su país al saber la muerte de su padre, que le ha impresionado profundamente, pues Abbas tenía á Tewfik entrañable cariño.

Pronto presidirá por vez primera, y en edad corta todavía, el Consejo de Ministros de Egipto, que se compone de ocho carteras asimiladas á las nuestras.

Se compone además la alta Administración de cuatro Secretarios generales y tres Directores, y á semejanza de los imperios del Norte de Europa, hay una gran jerarquía militar: el Jefe del Estado Mayor del ejército.

Se compone la casa del Jetife de un Secretario para la correspondencia europea, otro para la turca, un maestro de ceremonias, un guarda-joyas y un médico.

El Jetife ejerce el poder como Príncipe tributario de la Sublime Puerta desde 1867, y lleva los títulos de Jetife y Alteza.

Serfa tarea larga la de ir enumerando todas las fases de la política en Egipto en estos últimos



Hoi Lengos.

LA NEVADA,—REUNIÓN DE HAMBRIENTOS



FOTOGRAFÍA DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.^a

VISTA DEL © Biblioteca Nacional de España

años. Están los hechos muy recientes, todo muy discutido en gran número de periódicos y revistas, y apenas habrá nadie que lea la prensa diaria que no esté en ellos completamente iniciado. Faltarían, por otro lado, tiempo y espacio desviándonos de nuestro propósito, que se reduce á ofrecer á nuestros lectores un pequeño estudio, á grandes rasgos únicamente, y no disertación larga y por ende seguramente innecesaria.

La población del país, objeto en estos días de las miradas de todos, asciende á más de cinco millones de habitantes, según las últimas estadísticas, siendo mayor el número de mujeres que lo es el de hombres.

Comprende todo el terreno cultivable de Egipto una extensión de treinta mil kilómetros cuadrados.

No deja de notarse en el país de las tradiciones de la antigüedad bastante movimiento de población.

Y excusamos decir la importancia que ha tenido para el Egipto la apertura del canal de Suez, dando á la población extraordinario movimiento y cariz europeo, haciéndola punto de cita de poderosos viajeros, que han llevado con sus tesoros el lujo y los refinamientos del *comfort* en los detalles de la vida.

El comercio de Egipto con Inglaterra, Francia, Austria-Hungría, Italia, Turquía, Rusia, América y Grecia, ha ido cada vez más en aumento.

La ciudad de mayor población es el Cairo, que llega á tener cuatrocientos mil habitantes próximamente, y la de menos, Mansura.

Las posesiones del Jefe fuera de Egipto (la Nubia, el Sudán y las provincias ecuatoriales) comprenden una extensión total de 2.722.354 kilómetros cuadrados y gran número de habitantes.

El ejército en tiempo de paz, según decreto de 6 de Agosto de 1879, se compone de 18.000 hombres, y las tropas irregulares de 4.000.

La marina es tan insignificante, que no merece ni citarse siquiera. Forma, entre buques grandes y chicos, un total de 14 vapores, comprendiendo entre ellos los cañoneros, los avisos y las chalupas.

El principal comercio de exportación del Egipto consiste en telas y en cereales.

La marina mercante, á diferencia de la de guerra, tiene más importancia. Se compone de unos 600 buques.

Pocos países habrá tan interesantes para el viajero como el de Egipto, lleno de recuerdos históricos y de monumentos verdaderamente admirables, que revelan las épocas de grandeza y poder de los Faraones, con sus fastuosidades y sus molices y sus lujos, y las supersticiones de todos ellos.

País eminentemente fantaseador, tiene en todo el sello de las pasiones y el sentimiento: en el carácter de sus hijos, en el paisaje y en el cielo, en la naturaleza, en los edificios, en las costumbres y en los usos.

Es un hijo espléndido del Oriente.

P. SÁNDUO AUTRÁN.

¡PROTECCIÓN PARA MADRID!

Este es el grito que se escapa de las bocas de todos los comerciantes de esta corte cuando se habla de las fiestas del próximo centenario de Colón; la queja inculcada en el ánimo del comercio es realmente justa, aunque sólo en parte, y se funda en las concesiones que el Gobierno hace á varias poblaciones de gran importancia, para que realicen, en sus localidades respectivas, fiestas que indudablemente han de venir á dejarles dinero en primer término, y á darles importancia, de que quizá hoy carecen. Granada, Córdoba, Valladolid, Huelva y otras capitales que juegan papel importantísimo en los recuerdos que hoy se evocan y que se han de solemnizar con motivo del descubrimiento del Nuevo Mundo, en su cuarto centenario, han gestionado, y aun continúan trabajando con incesante afán, protección del Gobierno en uso de un perfectísimo derecho, puesto que sus nombres van unidos estrechamente al del célebre genovés, porque en ellas se preparó el viaje y se decidió de la suerte de España, adquiriendo para el cetro castellano la hermosa joya que concibió aquel cerebro privilegiado, aquel geógrafo profundo, y que ya había sido despreciado con bastantes anterioridad por otras naciones: el Consejo de sabios para apreciar la grandiosa idea, el recibimiento de Colón por Isabel la Católica, la oferta de las joyas para la realización de su pensamiento, el embarque y todos los detalles de importancia del viaje tuvieron lugar en esos pueblos, y racionalmente ellos piden ahora de derecho y por ley natural lo que les corresponde desde hace cuatrocientos años: una página, y una página de importancia en la gloria de su patria, en que tan directamente influyeron sus antepasados; por esto el Gobierno no puede negar, ni ha negado á las Comisiones que han venido á Madrid, los elementos que de él se han solicitado, y dichas poblaciones se preparan con entusiasmo y alegría á conmemorar una de las fechas mas grandes para el pabellón español.

Hecha esta pequeña historia, en la cual deben fijarse, y se fijarán, sin duda, los comerciantes madrileños, han debido, y sin duda lo harán, presidiendo en ello su propio interés y el orgullo de colectividad, y de colectividad que marcha á la cabeza de todas las de su clase en España, tomar una iniciativa marcada en los festejos que ya se echan encima, hacer toda clase de trabajos preparatorios, formar Comisiones que despierten el adormilado espíritu de la Cámara de Comercio en este asunto; y, en una palabra, siguiendo el tan conocido y sabio adagio de «ayúdase y Dios te ayudará», gastar dinero que se ha de centuplicar en sus cajas, si, como deben, y fácilmente pueden conseguir, logran traer á la capital de España con motivo de fiestas bien organizadas y brillantes, una colonia extranjera de gran consideración y gran número de habitantes de las provincias de España donde no se celebran fiestas, y aun de las en que se han de verificar.

Despiértense los ánimos del comercio, déjen-se las lamentaciones, y comiencense con actividad y fe los trabajos, y entonces se convertirá en realidad el grito lanzado hoy de *protección para Madrid*.

Para que esto se realice y se lleve á feliz término con todo el esplendor que se merece esta villa, sería preciso que sin pérdida de momento y con el tacto y empuje que sabe imprimir á todas las campañas que ha librado, tome á su cargo la Prensa de Madrid esta cuestión, para que poco á poco y con la anticipación debida, preste ánimos al comercio, y los aliente con esperanzas que se han de convertir en realidades metálicas. Nosotros, que hoy comenzamos haciendo esta exhortación á nuestros queridos colegas, abrimos desde luego en las columnas de esta publicación un concurso de ideas, que rogamos á nuestros lectores se sirvan enviar cuando las conciben, á la administración de este periódico, para ir las recopilando, y en unión á nuestros humildes trabajos cooperar en lo que nos sea posible, á que el próximo otoño sea para este pueblo una era de prosperidad y riquezas.

Trabajando, es seguro que se ha de conseguir; y en una serie de artículos sucesivos, nos ocuparemos preferentemente de esta cuestión.

FRANCISCO DE P. ALDERETE.

PERCHELERAS

I

Los cantares que te escribo
llevan una firma extraña;
llevan el surco que deja
en el papel una lágrima.

II

Á tu rizo confíe
una lágrima y un beso;
¡cómo se estremecería
el rizo de tus cabellos!

III

En el cielo tempestades,
tempestades en mi pecho;
¡qué grandes las de mi alma!
¡qué pequeñas las del cielo!

IV

Un corazón pido al cielo
igual que tu corazón,
que no le arranque un latido
ni la dicha ni el dolor.

V

Cuando hablemos, quiero siempre
hablarte en la oscuridad;
¡así reirás sin yo verte!
¡lloraré, y no me verás!

VI

Los que más te respetaron
hoy te injurian sin razón;
los más fieles te desprecian....
¡pues así te quiero yo!

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

1899.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Puerta principal de Palacio en día de recepción.—Madrid. — El eminente artista Sr. Ferrán ha concebido en este cuadro un asunto de difícil desempeño y sin igual originalidad.

Las regias recepciones en la capital de España atraen siempre á los alrededores del Alcázar de la plaza de Oriente numeroso público, compuesto de la clase media y baja, ávido de presenciar la llegada de los elegantes carruajes, que uno á uno van depositando á las puertas de la morada de nuestros Reyes, aristocráticas y hermosas damas, que bajo sus ricos y vistosos abrigos ostentan artísticas y costosas alhajas, que compiten en resplandor y belleza con sus rostros simpáticos y encantadores.

Aquello es un río de oro, brillantes, perlas, rubíes, amatistas y toda suerte de piedras preciosas, sembradas sobre el terciopelo y la seda, y anidando entre plumas, cintas y encajes de extraordinario precio; bajo los entreabiertos abrigos vislumbrense los mórbidos contornos de pronunciados escotes,

donde la naturaleza puso sus más graciosas formas y delicados matices; al descender del carruaje, los curiosos atisban, con un deleite indecible, el diminuto pie, aprisionado en primoroso calzado y ceñido por limpia é intachable media; y de aquellas hadas, que tal parecen á quien las mira, emanan embriagadores perfumes que embalsaman el ambiente y aspiran con delicia los ociosos pulmones.

Además, el espectáculo ofrece la novedad de ver desfilar, en breve tiempo, ya en elegantes mancebos, ya en vigorosos ancianos, toda la serie de uniformes que se usan en las diferentes armas del Ejército, los de los grandes de España, los de Ministros y altos dignatarios del Estado, los caballeros cruzados, clero, nobleza y tantos y tantos otros que fuera inútil enumerar aquí.

Tal es el asunto que representa el cuadro del ilustre pintor Sr. Ferrán, y cuya composición está desempeñada con la maestría y acierto que le son propios.

Episodio de la guerra de la Independencia. — ¿Quién no conoce, siendo español, con todos sus detalles la batalla de Bailén?

Este hecho de armas de nuestra gloriosa guerra de la Independencia, donde el invicto general Castaños ganó sobre el campo de batalla los entorchados de capitán general, ha sido mil veces divulgado por la fama, ya en los anales de nuestra historia contemporánea ó bien en elocuentes estrofas por nuestros inspirados poetas.

En el momento en que el general francés Mr. Dupont (á quien denominaban sus compatriotas *El terror del Norte*), atravesaba la Mancha, y penetraba en Andalucía, al frente de un numeroso y aguerrido ejército, Julio de 1808, el general Castaños le salió al encuentro, y con un reducido ejército de reclutas y paisanos le derrotó é hizo que le entregaran sus armas hasta 23.000 soldados franceses.

Las tropas españolas, ya lo hemos dicho, estaban compuestas de novicios, bisoños y patriotas voluntarios, gentes acostumbradas á manejar los aperos de sus respectivos oficios y profesiones, y que desconocían el manejo de las armas, pero en quienes el ardor bélico y el amor de la independencia patria sustituían con ventaja á la pericia y tácticas militares.

Representar la extraña y pintoresca caballería de aquel improvisado ejército ha sido el objeto del famoso pintor Sr. Unceta, quien lo ha realizado á maravilla, pues como es sabido, este notable pintor no tiene rival en la composición y desempeño de cuadros militares.

Como el lector podrá apreciar por sí mismo á simple vista, la caballería de Bailén la constituyen personajes bien modestos y de humilde condición social: vaqueros, tratantes en ganado, jornaleros del campo y la ciudad y cortijeros con sus criados; pues al formarse tan abigarrado cuerpo de ejército, sólo se tuvo en cuenta, por la brevedad del tiempo, que cada cual aportase á él los pertrechos que poseyera; quién un fusil, éste una azada, aquel una pica, y los que tuvieron caballo, á otro cuadró pedo más humilde, se lo llevó consigo inscribiéndose por este solo hecho como soldado de caballería del ejército de defensa nacional.

El cuadro del Sr. Unceta tiene el mérito inapreciable de estar ejecutado al carbón, procedimiento que ofrece al artista innumerables dificultades que vencer para la estampación fotográfica, y que en esta ocasión el Sr. Laurent ha salvado con habilidad y arte de maestro.

La nevada.—El malogrado y excelente pintor Sr. Lengua ha dejado por fortuna á los admiradores de su talento multitud de pequeños y valiosos cuadros, de los que son siempre protagonistas los poéticos seres alados, y de estos seres aquellos que mejor simbolizan los más tiernos afectos del corazón humano.

El que reproducimos representa el conmovedor efecto producido á unas aves á raíz de una nevada. Sorprendidas en el campo por tan extraordinario como inesperado fenómeno, levantan el vuelo y corren aturridas á buscar un abrigo donde ocultarse; vano empeño; donde quiera que van, la nieve las persigue, y su inmaculada blancura, extendiéndose uniformemente igual por toda la tierra, acaba por extravíarlas, hasta el punto de no recordar ni saber ya dónde dejaron sus nidos.

¿Dónde irán?

A todas partes y á ninguna; donde quiera que ven un árbol, una rama, allí se dirigen y se posan un instante, para volver luego á emprender la marcha, que no ha de terminar sino en la muerte, ya producida por la inclemencia de la naturaleza ó por la crueldad de los hombres; que fríos y nieves siempre son enemigos de pájaros nómadas, tanto como favorecen aun á los más inhábiles cazadores.

Vista del Monasterio de la Rábida.—De la serie de cuadros que tenemos preparados, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, y que como hemos ofrecido á nuestros favorecedores, constituirán una artística galería que plásticamente reproduzca tan transcendental acontecimiento, insertamos hoy el que representa el famoso Monasterio de Santa María de la Rábida, enclavado en la provincia de Huelva, y adonde Cristóbal Colón, con su hijo Diego, llegaron y se hospedaron en el año de gracia de 1486.

Puede decirse que este lugar es el punto de origen y partida del descubrimiento de América; en dicho Monasterio, y cuando menos lo esperaba, encontró el audaz marino genovés, bajo los hábitos de un fraile, á su más decidido protector é inquebrantable amigo, que, enterado por casualidad de los proyectos de su huésped, no sólo le animó á realizarlos, sino que también le ofreció su apoyo é influencia con la corte de España, entregándole al efecto cartas de recomendación para el director espiritual de Isabel la Católica.

Si Cristóbal Colón no se hubiera detenido á descansar de las fatigas de un largo viaje hecho á pie, en el Convento de la Rábida, es muy posible que el descubrimiento de la América no se hubiese verificado bajo la protección de España, y acaso, acaso, tampoco por el mismo que lo concibió.

CICERONE.

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.